

EL 0

FENÓMENO

Por Milagros Oya



www.librototal.net

EL FENÓMENO

- 1.-El planeta Arconte
- 2.- Taxifahrer D-21-D
- 3.- La expedición científica
- 4.- la Sima de Anaporte
- 5.- El fenómeno
- 6.- Llegada a Arconte
- 7.-La misión de Tóner Bull
- 8.-¡Perdidos!
- 9.- La capital de Arconte
- 10.-Alarma entre los seres piedra
- 11.- El exterior
- 12.- El encuentro
- 14.- La luz
- 15.- El descenso
- 16.- Llanto humano
- 17.-Una extraña voluntad
- 18.-La despedida

El planeta Arconte

La sala se hallaba solitaria y en penumbra. Las paredes, el suelo e incluso el techo eran oscuros y rugosos, contruidos en roca sin pulir. El pequeño cubículo rectangular acogía gran cantidad de curiosos artefactos metálicos en forma de cubo que emitían leves y sordos pitidos que se acompañaban, de vez en cuando, con algún tenue parpadeo luminoso. En mitad de la estancia, muy cerca del mayor de los dispositivos, se hallaba una roca de aspecto corriente y de color pardusco que medía más de un metro de alto. Cualquier mirada ajena llegaría a la misma conclusión: aquel vulgar peñasco no tenía el más mínimo sentido allí plantado en el medio de la sala, interrumpiendo el paso de aquel que intentase deambular entre las luces parpadeantes y los gemidos metálicos de la extraña maquinaria.

Sin embargo, y sin previo aviso, el aspecto de la roca mutó. El metro y medio pareció desplegarse y se convirtió en un instante en algo más de dos. Un par de puntos brillantes iluminaron la parte superior del peñasco. La penumbra del recinto impedía captar los detalles más nimios, pero a pesar de ello, era fácil distinguir la aparición de cuatro extremidades parecidas a las humanas.

Desafiando todas las leyes de la física, la roca avanzó lentamente hacia el artefacto más cercano y un brazo pétreo y oscuro como la noche, se aproximó a una de las luces tintineantes y la tocó con decisión.

-Gran Maestra, Sol. ¿Qué sucede, Tóner Bull?- se escuchó con claridad en la estancia.

-¡Ha ocurrido, Gran Maestra! Lo que tanto nos temíamos acaba de suceder.

Sorprendentemente la roca que hasta hacía unos segundos permanecía tranquila e inerte, como cualquier fragmento pétreo, hablaba ahora fluidamente con la voz femenina y con evidente tono de nerviosismo.

-¡No comprendo, Tóner Bull! – replicó la Gran Maestra con inquietud- Explíquese.

-¡Ha sucedido! He tratado de evitarlo por todos los medios, pero ha sido imposible. Los humanos vienen hacia Arconte.

-¡No puede ser! ¡Es terrible!

-Lo sé. Pero ya no hay nada que podamos hacer, solo prepararnos para enfrentar este futuro inevitable. Los humanos arribarán a nuestro planeta muy pronto.

-Nunca pensé realmente que fuera a vivir este momento- comentó la mujer casi para si misma. Se tomó unos segundos antes de continuar- ¿Cómo ha ocurrido? ¿Las penroses se han averiado?

-No. Las máquinas de cuantes funcionan perfectamente. No hay error alguno en su programación.

-¿Entonces? ¿Cómo ha podido pasar?

-He intentado por todos los medios colapsar la función deseada, como hemos hecho siempre. Pero esta vez algo, o mejor, alguien, nos lo ha impedido.

La voz de la Maestra denotaba el horror que sentía.

-¿Me está diciendo, Tóner Bull, que un ente desconocido se ha colado en nuestro sistema de penroses?

-Exacto, Gran Maestra Sol. En contra de nuestra intención, la función que ha sido colapsada nos proporciona un futuro incierto. Los humanos llegarán muy pronto, inexorablemente. No podemos hacer nada para cambiar esta realidad. Los seres piedra dejaremos de ser los únicos seres inteligentes del planeta Arconte. La visita humana es inminente.

-¿Quién ha forzado esta realidad? ¿Los propios humanos, Tóner Bull?

-No puedo saberlo, aunque lo considero lo más probable.

La Gran Maestra Sol permaneció unos segundos en un silencio pesado y angustioso valorando la terrible gravedad de lo que Tóner Bull le relataba.

-¿Contarán los humanos con una tecnología parecida a la nuestra? No encuentro otra explicación.

-La intervención del ente extraño no ha dejado rastro alguno en las penroses. Se ha deslizado en nuestro sistema, ha colapsado la función y ha desaparecido sin dejar huella. No nos queda más que aceptar esta nueva realidad, Gran Maestra.

-Entonces obraremos en consecuencia y con rapidez.

-Debemos buscar inmediatamente a Lana Sita. Tal como está escrito, ella es la única capaz de controlar el pánico que se va a desatar sobre la comunidad de seres piedra tan pronto se conozca la noticia.

-Lana Sita.- repitió la mujer pensativa.

-Se halla con su grupo en algún lugar de la cordillera de Anaporte. Ya lo he consultado. No podemos ponernos en contacto con ella, jamás utilizan los comunicadores. Lo mejor será salir de inmediato a buscarla.

-Lana Sita- murmuraba preocupada la Gran Maestra Sol - ¿Podrá liderar esta crisis? ¿De verdad que en una situación tan delicada tenemos que

confiar en una mujer joven que practica eso que llaman hedonismo y vive en colina con esos tres seres piedra...?

-Sania, Atompes y Eloisia. Esos son sus nombres.- Tóner Bull suspiró antes de continuar- Así ha sido previsto desde que los seres piedra nos trasladamos a Arconte. Lana Sita ha sido perpetuada para ello. La tradición es clara y aunque hayamos vivido durante generaciones de espaldas a las antiguas tradiciones, estas recuperarán su influencia en la población en el momento que la llegada de los humanos sea conocida por todos.

-Entonces que no se hable más. Deja a Cormio Pir al frente de las penroses y parte inmediatamente en la nave más veloz hacia la cordillera de Anaporte . No te va a resultar fácil dar con ellos. Yo intentaré mantener el secreto hasta que reciba tu comunicación. Iré iniciando los preparativos. Antes de que el primer humano pose su pie sobre nuestro planeta, todos deberemos estar listos.

-Un par de días de Arconte como máximo es el tiempo del que disponemos, Gran Maestra Sol.

-Reuniré a la comisión de comercio. Les prepararemos un recibimiento adecuado. ¿Qué motivo puede traerlos a nosotros?- se preguntó la mujer.

-Sabíamos que algún día sucedería. Así son los humanos, siempre decididos a meter sus narices en asuntos ajenos.

-Lo sé. Tóner Bull, pero pensé que nuestras penroses nos protegerían de la ambición humana. Se ve que me he equivocado. Ahora ya no hay vuelta atrás. Ponte en marcha sin perder tiempo. Te deseo polvo en el camino, Tóner Bull.

-¡Polvo en el camino, Gran Maestra Sol!

La comunicación se cortó y la roca de más de dos metros se apresuró decidida hacia el exterior de la sala.

Taxifahrer D-21-D

-¡Atención, Sinatora Arca! Taxifahrer D-21-D en espera de despegue.

-¡Central, aquí Taxifahrer D-21-D! Soy Tinamura Arca sustituyendo a Sinatora Arca. Aguardamos por el permiso de partida.

-¡Atención, Tinamura Arca! Este cambio de tripulación es muy irregular. En la Central no disponemos del informe previo.

-Se lo advertí, capitana Tinamura. Debimos haber informado del cambio de tripulación con, al menos, dos horas Évolvy de antelación.

Tinamura Arca frunció el ceño molesta. Desde el asiento de la capitana se volvió y fulminó con la mirada al homo robóticus. El ser sintético bajó inmediatamente la cabeza y continuó en silencio con su trabajo en los controles de la pequeña nave de pasajeros.

-Necesitamos los nuevos datos de la tripulación y del pasaje para proceder al despegue.- insistió la voz femenina de la Central de taxifahrer del planeta Évolvy.

Tinamura Arca hizo rechinar los dientes con evidente disgusto.

Alomer Tos que ocupaba el asiento contiguo al de la capitana, rozó con suavidad y cariño la mano de la mujer.

-No te preocupes- le susurró con un profundo tono de voz- Les proporcionamos los datos que nos piden y ya está. No nos retrasaremos tanto.

-¡Qué no nos retrasaremos tanto! ¡Eso es lo que usted dice! Por lo menos nos tendrán una hora Évolvy aquí plantados. Y para su información, si he

optado por tomar un taxifahrer y no me he embarcado en una gran nave de pasajeros es porque tengo prisa. ¡Mucha prisa!

La mujer que protestaba airadamente se hallaba en el asiento posterior al de Alomer Tos. Sus cabellos rojizos se erizaron demostrando que su malestar era grande.

-Señora Yonga Ser, le aseguro que alcanzaremos el planeta Principal dentro del tiempo previsto- la cortó la capitana.

- Este cambio de tripulación no es de mi gusto. Que conste en el cuaderno de Bitácora .He escogido esta taxifahrer porque he recibido informes estupendos de Sinatora Arca.

-Y porque el precio del pasaje es compartido- musitó Tinamura Arca con sarcasmo.

A pesar de que el comentario había sido realizado para los oídos de Alomer Tos, Yonga Ser lo escuchó con claridad.

-¿Qué pretende insinuar? ¿Qué no tengo donde caerme muerta y debo ahorrar hasta en los taxifahrer? Es usted una impertinente. Nada que ver con su hermana, Sinatora.

-No pretendo insinuar nada, Yonga Ser. Intento realizar esta sustitución lo mejor posible. Le agradecería que mantuviese la boca cerrada mientras proporcionamos los datos que precisan en la Central. Tiene prisa ¿no? Pues lo dicho. Punto en boca.

Tinamura Arca, sin apartar la mirada de los controles, se dirigió al homo robóticus.

-Romo, procede a enviar el informe lo antes posible.

-Es usted una engreída y una insoportable. No me extraña que no venda usted ni un solo teller

-¡Por favor, señoras, qué no se alteren los ánimos! Todos deseamos un viaje tranquilo y agradable, ¿verdad?

Socartin Ponso ocupaba el asiento tras Tinamura Arca y sonreía francamente tratando de que su buen talante contagiase un poco a pasaje y tripulación.

Yonga Ser furiosa se revolvió con la mano los cabellos rojos y murmuró entre dientes todavía enfadada.

-Los datos pertinentes han sido enviados.- anunció Romo que por su condición de homo robóticus era el único que permanecía en pie realizando las tareas pertinentes para el despegue.

-Ahora solo nos queda esperar- dijo Tinamura Arca volviéndose y clavando sus diminutos ojos verdes sobre la mujer.

-Esperar, esperar- farfulló Yonga Ser indignada por la demora.

Socartin Ponso decidió amenizar la espera con una charla agradable.

-Así que es usted una tellerín.- dijo dedicándole la mejor de sus sonrisas a Tinamura Arca.

Esta asintió con la cabeza, en silencio y con los labios apretados.

-Encuentro su profesión fascinante. Si le tengo que ser sincero, yo soy más aficionado a los juegos de realidad. Todas esas palabras que brotan de los tellers, en medio de la historia, se me antojan algo confusas.

Aunque Tinamura Arca no tenía intención alguna de entablar conversación con el pasaje, la referencia a su trabajo le obligó a contestar algo airada.

-“Todas esas palabras”, como usted las llama, son la esencia de los tellers. Un aficionado a los tellers no solo quiere vivir una aventurilla en su propia piel, como en un juego de realidad. Necesita las letras, las palabras y las frases brotando de la misma realidad, porque leer es un placer inconmensurable. Pero, claro, ya se sabe, hoy día todos prefieren los juegos de realidad.

-Será por eso que las tellerín se pasan a taxistas.- susurró con sorna Yonga Ser.

Tinamura Arca se volvió iracunda.

-Si tiene usted algún problema todavía está a tiempo de bajarse y tomar otro transporte al planeta Principal. Nadie la obliga a viajar en esta taxifahrer.

Yonga Ser prefirió no replicar. Se estrujaba los dedos y se revolvía el pelo constantemente. Era evidente que tenía prisa y no deseaba más demoras.

Alomer Tos volvió a acariciar la mano de Tinamura Arca con suavidad. Le dedicó una casi imperceptible sonrisa.

-¡Déjalo correr! Enseguida nos darán el permiso de salida y en cuestión de una hora Évolý llegaremos a nuestro destino. A la vuelta me gustaría hablarte con más calma, Tina.

Tinamura Arca apretó los labios hasta que estos perdieron el color. Ni siquiera le devolvió la sonrisa a Alomer Tos.

-Regresaremos también con dos pasajeros- fue lo único que dijo al fin.

Aunque el atractivo y viril rostro de Alomer Tos permaneció tan impassible como de costumbre, su corazón se estremeció. Se tomó la noticia, como lo que realmente era: un golpe bajo. Tinamura sabía muy bien que él no había pedido el día en la unidad de sideres únicamente para darse un paseíto fuera del

planeta. Tenían que hablar. Había llegado el momento. Ya estaba harto de sus evasivas. Sentía la necesidad de avanzar en su relación. Llevaban demasiado tiempo en punto muerto. Amaba a aquella mujer, tal vez, por su mal humor, por su fuerza, por su inteligencia o por sus curvas de infarto, o por todo a un tiempo. Deseaba fervientemente dar un paso más y buscar una residencia conjunta. Había esperado, desplegando toda la paciencia de la que era capaz, a que la idea surgiese de ella. Y ya no podía aguardar más. Tinamura tenía la palabra. Le tocaba decidir. Aunque se empeñase en planear tareas urgentes y le esquivase durante todo el viaje, buscaría la manera de plantearle la cuestión. O daban un paso al frente o rompían.

Alomer Tos sintió miedo. Se jugaba mucho en aquel viaje y no tenía muy claro si iba a salir vencedor o regresaría solo y con el corazón destrozado. Aún así él no era hombre que se amilanara ante las dificultades.

Tinamura Arca escudriñaba de soslayo el impenetrable rostro de Alomer intentando averiguar el curso de sus pensamientos. A pesar de que él nunca dejaba traslucir sus sentimientos sino voluntariamente, ella intuía la naturaleza de su inquietud y todavía no sabía lo que iba a contestar. Amaba a Alomer Tos. De eso estaba segura. Pero solo pensar en iniciar una relación seria con residencia común se le daba la vuelta al estómago. Tinamura Arca era una afecta a la soledad. La vida en familia de Évoly no era para ella. Primero compartirían techo, después vendría el niño, (en esto estaba precisamente ahora su hermana Sinatora) y con el retoño la obligatoriedad de permanecer en la misma residencia durante 18 años. Al final, como las relaciones solían resentirse antes del total cumplimiento de la obligatoriedad, uno se veía abocado a compartir su vida con las nuevas parejas y con los nuevos hijos. Ya

había pasado por ello en su infancia. Tinamura no soportaba las multitudes y había llegado a vivir con tantos adultos que con dificultad distinguía a sus propios padres y a sus propios medio hermanos de los que no lo eran.

-Con lo bien que nos iba hasta el momento- pensó apretando todavía más los labios.- ¿Por qué cambiar? Y precisamente ahora que necesito concentrarme al máximo en encontrar un buen argumento para mi próximo taller.

Estaba claro que iba a tener que esforzarse mucho por evitar la cuestión que deseaba plantearle. Era posible que Alomer Tos se diese por enterado y pospusiera la propuesta para más adelante. Aunque Tinamura Arca lo dudaba mucho.

-¿Cuánto tiempo más tendremos que esperar? ¿No iba a ser este un viaje rápido?- protestó de malos modos Yonga Ser.

La capitana prefirió ignorar la impertinencia. Al menos había roto el pesado silencio que se había instalado en la taxifahrer.

Socartin Ponso, el pasajero sentado tras Tinamura, observaba con curiosidad a la pareja como si pudiese averiguar que sucedía entre ellos. Sonrió a la enfadada Yonga Ser y se inclinó hacia delante para rozar el hombro rígido e inmóvil de Alomer Tos.

-Le conozco. Tiene usted un trabajo estatal. ¿No es cierto?- le preguntó sin dejar de mostrar dos largas filas de dientes de un blanco imaculado.

Alomer le devolvió la sonrisa.

-Sí, no se equivoca. Trabajo de sidere.- se detuvo un instante y le dedicó a la capitana una levísima mirada de soslayo- Hoy me he tomado el día libre.

-¡Sidere! ¡Otra profesión fascinante! Trabajar entre las más fabulosas ideas del planeta debe ser muy enriquecedor y emocionante.

Alomer no tenía muchas ganas de conversación, pero era un hombre educado, así que hizo un esfuerzo para apartar de su mente los problemas y atender la curiosidad de aquel tipo tan agradable.

-A mí me gusta, desde luego. No puedo negar que disfruto profundamente con lo que hago. Aún así, no crea que es tan fascinante como todo el mundo cree. La mayoría de las ideas que recibimos carecen de originalidad. Año tras año se repiten. Por eso la primera selección la realizan los homines robóticos. Cuando, por fin, aparece un invento novedoso o una idea realmente interesante que pueda resolver algún problema de la vida cotidiana, nos la remiten de inmediato. Debo confesar que pasamos meses sin toparnos con algo realmente valioso.

-Entiendo. – dijo Socartin sin dejar de sonreír- Qué falta de cortesía de mi parte. Ni siquiera me he presentado- se excusó tendiéndole la palma de la mano hacia arriba para el leve contacto de saludo- Soy Socartin Ponso, representante electo de las minorías de Évolu.

Alomer Tos se presentó a su vez rozando suavemente su palma con la del hombre.

-¡Un representante de minorías! ¡Tiene guasa la cosa!- exclamó Yonga Ser de peor humor a cada instante.

-¿Qué le parece tan gracioso?- inquirió Socartin sin mostrar el más mínimo atisbo de enfado.- Le aseguro, aunque no lo crea, que a pesar de la seguridad de las personas, del respeto a la dignidad del individuo e incluso del MS (mínimo de supervivencia) que rigen en la Federación de Planetas, hay

muchas minorías que se sienten oprimidas y maltratadas. El trabajo que tengo entre manos es ingente.

-¡No me diga!- exclamó la mujer con sorna- Tal vez no sepa usted tanto de minorías como cree, si es que no puede distinguir a un miembro honorario de las mismas cuando lo tiene sentado a su lado. Yo soy toda una minoría, señor representante Ponso. La más minoritaria que se haya echado a la cara. Minoría por no tener planeta de residencia fijo, minoría por ser descendiente y compañera de exploradores, minoría por haber elegido engendrar un hijo de forma natural, minoría por vivir del maldito y mísero MS, minoría por ser madre de un enfermo y minoría por ser madre de un recluso. ¡Oh! Perdone, señor representante Ponso. Ahora ya no se llaman reclusos sino internos en Unidad de Empatía. ¡Puaf!- exclamó con ira- Eso es lo que pienso de los representantes de minorías. ¡Puaf!

-¡Señora mía, un poco de respeto a un representante electo!- la increpó Tinamura.

Empezaba a estar más que harta de las malas maneras de la pasajera. En aquella nave, si alguien se iba a poner impertinente tendría que ser ella, para eso era la capitana.

-Como le he dicho antes, si tiene usted mucha prisa, le agradeceríamos que bajase y buscase otro transporte.

-¡No, por favor!- medió de nuevo el sonriente Socartin- Es mi deber como representante de minorías, conocer los problemas de cada uno de los integrantes de las mismas. Precisamente me dirijo al planeta Principal con una propuesta de mejora en los derechos de los Modificados Físicos. Como

ustedes sabrán, sufren problemas de aceptación en la mayoría de los planetas de la Federación.

-¿Se refiere a los seres humanos que se someten a tratamientos genéticos para cambiar de aspecto?- inquirió Alomer.

-¡Exacto! Ya ve como son las cosas. Cuando por fin, a causa de la fusión de las razas a lo largo de los siglos, estas casi han desaparecido, siempre aparecen nuevos motivos por los que segregan a alguien por ser diferente.

-Bueno, convendrá conmigo- apuntó Alomer- que un tipo con tres brazos o con una oreja en la espalda es bastante diferente.

-Son más diferentes esos humanos mutantes de los planetas fronterizos y sin embargo no creo que sufran marginación alguna por ello.- replicó Tinamura.

Alomer Tos miró a Tinamura sin contestar. Que le llevara la contraria en un tema sin importancia no parecía buena señal.

-Si no sufren marginación es porque casi no asoman fuera de sus planetas- explicó el representante electo- Además, lo que despierta más rechazo de los modificados físicos es que el cambio de su cuerpo sea un acto voluntario. Les aseguro que nuestro paraíso de progreso y respeto tiene todavía muchos rincones oscuros.

-¡Paraíso de progreso y respeto! ¡Para morirse!- exclamó Yonga Ser simulando una extraña carcajada.

-¡Ahora recuerdo!- exclamó Socartin- ¡Former Ser! Es su hijo ¿no es cierto?- La mujer asintió sorprendida- He leído los informes del proceso aunque corresponde al representante de zonas libres.

-Ya le dije que no teníamos planeta de residencia.

-Es un caso curioso el de su hijo.

-¡Es una terrible injusticia! ¡Eso es lo que es!- protestó la mujer con los ojos inyectados en sangre- Mi hijo no es un delincuente. Únicamente ha sido atacado por una extraña enfermedad que se apodera de la voluntad del enfermo.

-Curioso- murmuró Socartin

-¡Ya veo! Usted no se lo cree, como los demás. Les rogué, les supliqué que le sometieran a un exhaustivo reconocimiento para detectar la infección, pero me ignoraron. Como tanto él, como su padre, ya fallecido, y yo misma, teníamos antecedentes por faltas administrativas a causa de nuestro trabajo de importación de especies, nos han tomado por unos vulgares delincuentes y lo han encerrado en una Unidad de Empatía. Y cuando adviertan que su conducta no se enmienda, no pensarán que es a causa de la enfermedad y lo considerarán carne de presidio. Lo desterrarán al planeta Omicos. ¡No podré soportarlo!

La ira de la mujer se tornó en desesperación. Cerró los párpados con fuerza para contener el llanto.

-¿Y cómo sabe usted que ha sido atacado por esa extraña enfermedad?- se interesó el representante electo.

Yonga Ser tomó aliento para reponerse.

-Mi compañero, Cartorius Laren, padre de Former, fue infectado por la misma dolencia. Por desgracia en su caso fue mortal- terminó la frase casi en un susurro.

-¿Y usted? ¿También...?

Yonga Ser se apresuró a contestar.

-No. Yo no subí a la nave averiada.- explicó sobrecogida ante el recuerdo del extraño suceso.- Mi misión era estar frente a los controles mientras Cartorius y Former se apoderaban de las especies animales o vegetales que después vendíamos a los laboratorios de los planetas de la Federación. Ese día nuestro trabajo era algo diferente. Nos habíamos topado con una nave a la deriva en el espacio exterior. Se suele sacar gran beneficio de esos hallazgos. No esta vez. No había nada de valor en su interior. Pensábamos venderla como chatarra. Era un modelo muy antiguo. Cuando regresaron, Cartorius ya estaba enfermo. Murió convertido en otra persona. Cambió por completo en cuestión de horas. Enseguida me percaté de que mi hijo también había sido infectado. Vinimos con urgencia a Évolvy buscando a una famosa investigadora neuronal.

-Y su hijo robó en Évolvy una nave de la Federación- añadió Socartin tratando de recordar la noticia en las emisiones federales.

-Se apoderó de ella empujado por la enfermedad neuronal. Se trata de un parásito cerebral. El toxoplasmiten gondiano. La neuróloga lo ha identificado. Se hizo dueño de su voluntad y le obligó a apoderarse de la nave de la Federación, marcar un extraño rumbo y partir. Las autoridades lo detuvieron antes de que despegara. Como teníamos varias faltas administrativas por no haber cumplimentado todos los requisitos en importación de especies foráneas, nadie quiso escucharme. Entonces todavía no conocía al miserable toxoplasmiten gondiano. Pero ahora me presentaré en el planeta Principal con el informe médico y con la fórmula magistral que lo combate. ¡No podrán ignorarme! Si es que alguna vez salimos de este asqueroso planeta- dijo dedicándole una mirada furiosa a Tinamura Arca.

La capitana la contempló con mirada lastimera.

-Una pena- pensó- La historia es buena para un teller. Si hubiese sido más cortés con ella, tal vez se avendría a contarme más detalles. Tendría que controlar mi mal genio.

-¡Le deseo mucha suerte!- le dijo Socartin- Y aunque el caso no corresponde a mi jurisdicción, le prometo que la ayudaré en todo lo que esté en mi mano.

Yonga Ser no se sentía con ánimos para agradecimientos, aún así esbozó algo parecido a una sonrisa.

-¿Cómo se encuentra ahora su hijo?- se interesó Alomer Tos.

-Casi en estado vegetativo- musitó la mujer conteniendo el llanto- Ellos dicen que es sencillamente una depresión típica de los internados en la Unidad de Empatía. Yo sé que es cosa de esa bestia gondiana. Former era un joven correctamente socializado. Y con tanta empatía por el resto de los seres vivos como el que más.

-¡Capitana Tinamura Arca! Acabamos de recibir el permiso de despegue.-exclamó Romo interrumpiendo a la mujer

-¡Ya era hora!- exclamó aliviada Tinamura.

-¡Atención, taxifahrer D-21-D! Colóquese en posición.

La capitana tomó los mandos y condujo la nave a través de las pistas atestadas, en dirección a la zona de despegue. La estación espacial de Évolv era un inmenso recinto cerrado al que los viajeros accedían desde el planeta en un colosal ascensor.

La taxifahrer avanzó hasta la primera posición. Tinamura arca detuvo la nave justo en la marca pintada en el suelo. La gigantesca compuerta metálica

estaba a punto de abrirse. Primero se librarían de la atmósfera sintética y después el espacio sería suyo.

-Romo, asegúrate de que los pasajeros están bien seguros en sus asientos- ordenó la capitana.

El homo robóticus, siguiendo el estilo de Évolvy, mostraba abiertamente su ojo artificial que determinaba su condición de sintético sin temor. En este planeta les gustaba evitar las confusiones entre humanos y seres robóticos que, a veces, se producían en otras partes de la Federación de Planetas.

-Todo correcto- anunció Romo.

-¡Pues en marcha!- anunció Tinamura Arca.

La capitana suspiró más relajada. Al fin comenzaba el viaje. Ojalá que la travesía fuese rápida, sin más dificultades y sin demasiado tiempo libre para que Alomer no la acosara con preguntas molestas.

La compuerta se elevó. La oscuridad y el frío del espacio inundaron la sala. La nave taxifahrer D-21-D se deslizó entre el profundo mar de estrellas que los rodeaba.

La expedición científica

El ascensor se detuvo en el apeadero de la estación espacial perteneciente al planeta Principal. Una avalancha de pasajeros y trabajadores del muelle fueron vomitados en cuestión de segundos. Las puertas del ascensor se cerraron de nuevo y, sin demora, regresó al planeta en busca de una nueva carga.

Caballis Minoso se abrió paso a codazos entre la multitud. Los altavoces gritaban consignas en todos los idiomas de la Federación. El hombre, con su equipaje cargado en los departamentos de su indumentaria, corría en dirección a la nave científica que le esperaba.

-¿Le interesa un pasaje de fin de semana a las montañas Orin en el Planeta Ronas?- le ofreció un empleado de alguna compañía turística.

Caballis Minoso se libró del sujeto de un empujón. Acababa de vislumbrar la nave al final del pabellón y debía llegar a ella cuanto antes.

Todavía no se podía creer que estuviese a punto de comenzar la expedición. Llevaba tantos años intentándolo que casi había perdido la esperanza.

Había tenido que enfrentarse a impedimentos de todo tipo, algunos de lo más peregrino. Que si no disponían de fondos, que si las naves estaban ocupadas, que si el tema no interesaba, que si el funcionario que expedía los permisos estaba de vacaciones, hasta que el piloto sufriera de dolores estomacales en el último momento. Por eso no se podía permitir demorarse ni un segundo. Hoy nada, ni grande ni pequeño, podría detenerlo.

Cuando alcanzó la nave científica proporcionada por el Instituto Feranson del Conocimiento, se topo de frente con Hamer Joks, el enlace del instituto con las autoridades. Caballis Minoso se estremeció.

-¿Qué problema tenemos ahora? No me diga más. El universo se ha colapsado y estamos obligados a suspender la misión.

-¡Déjese de bromas, profesor! El universo sigue su curso, por el momento. Pero usted no puede despegar todavía.

Caballis propinó un furioso puntapié al suelo del puerto espacial.

-¡Me lo temía! ¡Otra demora! Si no fuese un hombre de ciencia pensaría que misteriosas fuerzas telúricas se han conjurado contra mí.- apuntó sarcástico- Aunque lo más probable sea que a las altas esferas les traiga al fresco el estudio y el conocimiento de los grupos sociales de la Federación de Planetas. Siempre encuentran una excusa convincente para proporcionarle fondos a alguien, con el único requisito de no llamarse Caballis Minoso.

-No exagere, profesor. Hay centenares de investigaciones en marcha que también precisan de gran cantidad de recursos económicos, tecnológicos y humanos y tienen que esperar su turno. Usted, sin embargo, está de suerte.

-¡Ya se ve, ya!

-No se ponga sardónico conmigo. Estoy aquí para verificar que no embarque hasta que haya llegado la seguridad.

-¿De que me habla ahora?- inquirió Caballis confuso.

-El Instituto Feranson del Conocimiento ha asignado a esta misión un agente de seguridad. Sin él no podrá despegar.

El profesor Minoso contuvo la rabia con dificultades.

-¡Esto es el colmo! ¿Se puede saber para qué necesito un segurata?

¿Acaso no me creen capaz de desarrollar mi trabajo sin ayuda?

-La seguridad es importante.

-¡Déjese de bobadas! Esta misión no pretende explorar el espacio profundo, ni ninguna zona desconocida del universo. Yo soy un estudioso de los grupos sociales dentro de la Federación de Planetas. Mi destino es un planeta asociado para el estudio de sus habitantes. No piense que quiero comenzar una guerra.

-El consejo del Instituto ha considerado pertinente que tenga compañía. Es verdad que no visitará usted territorios lejanos, pero convendrá conmigo que aunque disponga usted de toda la información requerida sobre la sociedad bajo estudio, estos datos no han sido tomados por observadores imparciales sobre el terreno y eso deja muchos resquicios para los problemas.

-¡Tonterías! Lo único a lo que contribuirá es a que sea recibido con prevención. Esto supondrá más dificultades para mi labor.

-Usted sabe mejor que nadie que, en cualquier caso, lo recibirían con igual desconfianza. Si fuesen gentes hospitalarias, no estaríamos hablando de la primera visita al planeta después de siglos de pertenecer a la Federación. Al menos han aceptado las condiciones que les hemos comunicado y nos han proporcionado el permiso de aterrizaje.

-¿El profesor Caballis Minoso?

Una mujer de más de dos metros y de descomunal musculatura se presentó ante los dos hombres con una indumentaria de seguridad repleta de armamento.

-¡Por fin!- exclamó el profesor tendiéndole la palma de la mano- Ya me estaba inquietando por su retraso.

-Soy Salitre. Lamento la tardanza. Me avisaron en el último momento.

-Dejemos las disculpas a un lado. ¡Tenemos prisa!

Caballis Minoso rozó la palma de la mano de Hamer Joks y se despidió con urgencia del enlace del instituto con las autoridades.

El profesor embarcó de un salto en la nave científica, siguiendo muy de cerca a la agente de seguridad, Salitre.

Ambos ocuparon, sin perder un segundo, los dos asientos preparados para ellos.

-Según me han informado- explicó la agente- la nave científica será pilotada por una unidad de transporte y se nos han asignado dos pequeñas unidades de recogida de datos y exploración. Los trajes espaciales son de última generación.

-¡Estupendo! ¿Despegamos ya?

Salitre ensayó una mueca bastante desagradable que Caballis interpretó como un intento de sonrisa sin demasiado éxito.

-Se le ve muy ansioso. Por lo que parece es esta una misión muy importante para usted.

Caballis soltó una sonora y perfecta carcajada, no solo para relajarse sino también para mostrarle a la seguridad como iba eso de la risa.

-Llevo tantos años esperando por este momento que hasta que no estemos aterrizando en el planeta, no terminaré de creerme que la misión está en marcha.

-Pues ese momento se acerca- anunció Salitre cuando la nave científica se deslizó en dirección al muelle de despegue.

El profesor Minoso advirtió como un escalofrío lo recorría de pies a cabeza. A pesar de ser un experimentado navegante e investigador, aquella mañana se sentía como un chaval frente a su primer trabajo. La emoción pululaba por sus venas en mayor cantidad incluso que la sangre. El corazón le palpitaba con tal entusiasmo que, de no estar sujeto al asiento, hubiese abrazado a aquel extraño y poco atractivo manojito de músculos y armas que le dedicaba una mueca tan desagradable.

Desde los altavoces de la nave científica le confirmaron que la atmósfera estaba a punto de ser vaciada del muelle y que en cuestión de segundos habrían despegado.

-¡No me lo puedo creer!- exclamó eufórico el profesor cuando por fin abandonaron el puerto espacial del planeta Principal.- Esta expedición va a significar un paso de gigante en mi carrera. Voy a ser el primero en investigar sobre el terreno. ¡Desde luego pasaré a la historia!- sentenció satisfecho.

-Será un viaje largo- añadió Salitre- Seis horas Principal. Tendrá usted tiempo de relajarse.

-¡Ni se lo planteé! Todo mi cuerpo y cada una de las neuronas de mi cerebro están en tensión. ¡Esto es grande, muy grande! Seré el primero en poner un pie en el planeta Arconte. ¿Sabe lo que significará esta proeza?

-Sí. La primera investigación sobre el terreno de los cuentos infantiles que durante siglos atemorizaron a los humanos.

-Nada de cuentos infantiles. Vamos a hollar por primera vez el planeta de los mutantes más legendarios de la Federación. El profesor Caballis Minoso

extenderá la palma de su mano para saludar, en su propio entorno, a la leyenda: a los seres piedra. ¡Será una verdadera hazaña!

-Los seres piedra- repitió entre dientes Salitre.

El profesor asintió en silencio con una insistente sonrisa fijada en el rostro.

La nave científica volaba a toda velocidad alejándose de las rutas comerciales. Muy pronto se hallaron sumergidos en la soledad del espacio. Ni su inmensidad ni su oscuridad consiguieron borrar la felicidad de la piel del estudioso.

Cerró los ojos para echar una cabezadita. A pesar de la excitación, deseaba aterrizar en el planeta Arconte completamente descansado. De repente, una inquietud se le alojó en el estómago en forma de un intenso pinchazo. Tal vez estaba dejándose llevar por la emoción. Todavía estaban a tiempo de sufrir una docena de imprevistos. Desechó la idea con la misma rapidez con la que esta le había asaltado.

Pasase lo que pasase, él entraría en contacto con los seres piedra. Ansiaba saber todavía más sobre ellos y anhelada conocer de primera mano la existencia del gran mito.

-¿Existirá realmente, a día de hoy, Lana Sita?- se preguntó justo antes de que el sueño lo invadiera.

PARA ADQUIRIR EL RESTO DE LA OBRA

www.librototal.net

EL FENÓMENO

Por Milagros Oya



www.librototal.net